

## **San Cipriano de Cartago: breve introducción al autor y a sus obras. Aspectos principales de su enseñanza: la doctrina de la Iglesia y la doctrina sobre la oración.**

### **Vida**

Antes de la aparición de san Agustín de Hipona, en el cuadro del cristianismo norteafricano destacaba ya, como figura episcopal eminente, san Cipriano de Cartago. La iglesia del norte de África estaba confirmada por la tradición de este varón inspirado por un sentido eclesial atinado, ejemplar y con un enorme prestigio y autoridad, tanto que en la época de mayor crisis, donatistas y católicos se servirán de él para su propia causa.

Cecilio Cipriano Tascio nació entre el 200 y el 210 en Cartago en el seno de una familia pagana de elevada posición económica. Su desarrollo académico coincide con el de otros jóvenes de su clase que estudiaron gramática y retórica, estudiaron leyes y pronto se hicieron notables. Según nos cuenta su biógrafo, el diácono Poncio (*Vita Cypriani*, 4) su acercamiento al cristianismo se debió a un presbítero llamado Ceciliano. Su conversión se suele situar hacia el año 246 y viene narrada por el propio san Cipriano en su obra *Ad Donatum*. Una vez convertido cedió sus bienes a los pobres. Fue ordenado presbítero en el 248 y al año siguiente, después de la muerte del obispo Donato, fue elegido obispo de la sede cartaginesa. Su nominación no fue del agrado de todos, especialmente de Novato y de un grupo que se le enfrentó en disputas posteriores. Había pasado apenas un año y ya su autoridad se encontró con la prueba de fuego de la persecución. En el 250 se desencadenó la persecución de Decio, y Cipriano, siguiendo una inspiración divina, se ocultó en un lugar seguro fuera de la ciudad, huida que no encontró la aprobación de todos. El papa Fabián había muerto durante esta persecución contra los cristianos. La comunidad de Roma escribió a Cartago manifestando sorpresa por la huida del obispo de esa sede. Cipriano contestó diciendo que nunca dejó su ministerio ni sus labores pastorales, y más bien argumentó que se trató de un retiro necesario para evitar el conflicto en la iglesia ante los ataques internos y los problemas que había acarreado la persecución (*Ep.* 20).

Cesada la persecución pudo regresar a Cartago en la primavera del año 251. Entonces se encontró con el espinoso problema de la readmisión de los *lapsi* (caídos), que habían apostatado de la fe durante la persecución y que deseaban ser readmitidos a la Iglesia. Estos *lapsi* buscaron el apoyo de algunos *confessores* (cristianos que habían confesado la fe durante la persecución), que, arrogándose cierta autoridad, pedían la inmediata readmisión de los caídos. Al no acceder Cipriano a tales pretensiones, encontró la fuerte oposición del diácono Felicísimo y sus partidarios. San Cipriano convocó un sínodo para determinar cómo proceder con los *lapsi*. Se dispuso que todos aquellos que hubiesen sacrificado a los dioses (*sacrificati*) deberían hacer penitencia y ser absueltos a la hora de la muerte. Mientras que aquellos que solamente hubieran adquirido un certificado de haber sacrificado (*libellatici*) se les podía readmitir sin ninguna dilación. Poco tiempo después, entre los años 252-254, tuvo que hacer frente a una terrible peste que asoló la ciudad de Cartago. Cipriano desplegó una actividad extraordinaria a favor de los enfermos, exhortando a los cristianos a vivir la caridad con todas sus consecuencias. Los últimos años de su vida se vieron afectados por la controversia en torno al bautismo conferido por herejes y cismáticos. La tradición norteafricana rechazaba la validez de tales ritos bautismales, por el contrario, el papa Esteban (254-257), declaró que la validez del bautismo dependía de la administración correcta del mismo y la recta intención del que bautiza. Esta controversia no finalizó en un cisma porque la persecución de Valeriano hizo que el papa Esteban muriera mártir en agosto del 257, y que también Cipriano recibiera la corona del martirio el 14 de septiembre del 258. San Cipriano fue el primer obispo africano mártir, del cual se conservan las actas de su proceso en las *Acta Proconsularia Cypriani*.

### **Obras.**

La producción literaria de Cipriano está íntimamente relacionada con los acontecimientos de su vida y de su tiempo. “Poco inclinado a la especulación teológica, escribía sobre todo para la edificación de la comunidad y para el buen comportamiento de los fieles”<sup>1</sup> Durante su brevísima actividad como obispo Cipriano tuvo tiempo para instruir con bases prácticas pero muy sólidas los desafíos a los que se enfrentaba la Iglesia. Se cuentan entre sus obras unas ochenta y un *Cartas*, cincuenta y nueve de Cipriano, otras dieciséis de sus interlocutores y otras seis escritas durante los sínodos. También se le atribuyen trece opúsculos teológicos auténticos, entre los que destaca el *De ecclesiae catholicae unitate*, su escrito que mayor resonancia ha tenido en la posteridad, y que puede ser considerado como el primer gran intento sistemático de elaborar una eclesiología fundada sobre el principio de la unidad de la Iglesia. En esta obra sale al paso del cisma, tanto el que se había dado en su propia comunidad como el que se dio en la iglesia de Roma cuando Novaciano, adoptando un rigorismo extremado, se enfrentó al papa Cornelio por su readmisión de los apóstatas arrepentidos. En otras obras pondrá de manifiesto su espléndida habilidad literaria. Los temas y pensamientos le vienen muchas veces de Tertuliano. Cipriano escribe con un lenguaje de experto predicador de la comunidad. Junto a asuntos eclesiásticos, trata cuestiones de educación espiritual y virtudes (*De zelo et livore*, *De bono patientiae*, *De habitu virginum*, *De opere et elemosynis*, *De dominica oratione*) o trasluce un ansia a la vez política y escatológica frente a las calamidades del mundo (*Ad Demetrianum*, *De mortalitate*). La controversia sobre la reconciliación de los apóstatas encuentra su plasmación literaria en el *De lapsis*. Su *Ad Fortunatum*, dirigido formalmente a un amigo, pero en realidad a su grey, es una exhortación al martirio preparándola para el recrudecimiento de la persecución que preveía próximo. Está lleno de ejemplos, citas y analogías de la Biblia, mostrando los males de la idolatría, el premio al sufrimiento y la necesidad de perseverancia. Y, finalmente, cabe destacar sus libros de colección de textos bíblicos, *Ad Quirinum* (posteriormente llamados *Testimonia*), en los que nuestro autor lleva a cabo una lectura esencialmente cristológica del Antiguo Testamento.

### **Aspectos principales de su enseñanza. La doctrina sobre la Iglesia**

El pensamiento teológico de Cipriano no responde a un desarrollo sistemático, sino que se expresa de acuerdo con las necesidades pastorales en las que se ve envuelto, pero dada la índole intraeclesial de los problemas que debe resolver, no es de extrañar que su principal aportación se manifieste en el campo de la eclesiología, llegándosele a calificar como “doctor de la colegialidad episcopal” y un testigo preclaro de la doctrina de la *communio* eclesial, por la excelente formulación que hace de estas cuestiones. «De hecho, la Iglesia es —con mucho— el tema que más trató. Distingue entre *Iglesia visible*, jerárquica, e *Iglesia invisible*, mística, pero afirma con fuerza que la Iglesia es una sola, fundada sobre Pedro. No se cansa de repetir que *quien abandona la cátedra de Pedro, sobre la que está fundada la Iglesia, se engaña si cree que se mantiene en la Iglesia (De unitate, 4)*»<sup>2</sup>. La Iglesia no es sólo Cuerpo, sino también Madre, Esposa, Casa de Dios. El término más frecuente es *Mater*: «*No puede tener a Dios como Padre quien no tiene a la Iglesia como Madre*» (*De unitate, 4*; cfr. *Ep. 74,7*); pues no saca de sí su fecundidad sino de Cristo su Esposo. Sólo la Esposa del que tiene el Espíritu puede engendrar espiritualmente hijos de Dios. El tema de la “Casa de Dios” (*Domus Dei*) es escatológico y también eucarístico. La Iglesia es ya lo que será en el cielo, pues el cuerpo eclesial, el de la Madre, el de la Esposa, está unido al Esposo en la unidad de un solo Cuerpo: el cuerpo del Señor que se hace presente en la Eucaristía. La Iglesia es Madre al dar el bautismo y nos constituye en cuerpo al celebrar la Eucaristía.

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 6-VI-2007.

<sup>2</sup> *Ibid.*

La unidad de la Iglesia tiene su fundamento último en la unidad de las tres personas divinas: «*pueblo reunido en virtud del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*» (*De dominica oratione*, 23) Porque la Iglesia tiene el Espíritu nos anima con la vida divina. Porque es Esposa de Cristo nos une a su cuerpo. Nos comunica la vida filial que viene del Padre. La Iglesia en su estructura misma significa la acción divina que la unifica. Es el *sacramentum unitatis* (*De unitate*, 7; *Ep.* 66, 8, 3 y 69, 6, 1). «Una característica esencial de la Iglesia es la unidad, simbolizada por la túnica de Cristo sin costuras (cfr. *De unitate*, 7): unidad de la que dice que tiene su fundamento en Pedro (cfr. *ib.*, 4) y su perfecta realización en la Eucaristía (cfr. *Ep.* 63, 13). *Hay un solo Dios y un solo Cristo* —afirma san Cipriano—; *una sola es su Iglesia, una sola fe, un solo pueblo cristiano, que se mantiene fuertemente unido con el cemento de la concordia; y no se puede separar lo que es uno por naturaleza* (*De unitate*, 23)»<sup>3</sup>.

Se ha discutido mucho sobre la posición de Cipriano acerca del primado romano. Parece estar claro su reconocimiento de Roma como la *Ecclesia principalis* de la que emerge la unidad episcopal, y ello es así porque Roma es la Iglesia de Pedro. Por eso Pedro, aun cuando a los demás Apóstoles se les confiara también la responsabilidad episcopal, continuó ejerciendo el primado. Así pues, todas las iglesias están fundadas sobre Pedro y el obispo de Roma sigue siendo el único heredero del *munus* petrino, que tiene entre otras funciones, la de manifestar la unicidad de la Iglesia. Esto es compatible con la existencia de un colegio apostólico que dará origen a la colegialidad episcopal. El episcopado es uno y es participado *in solidum* por cada uno de los obispos (cfr. *De unitate*, 5). Los obispos unidos entre sí hacen patente la unidad de la Iglesia. La unión de la Iglesia en un solo cuerpo se hace por la unión de los obispos. El obispo, a su vez, une cada uno de sus fieles a la gran Iglesia.

### **Doctrina sobre la oración**

«Hemos hablado de su pensamiento sobre la Iglesia, pero no podemos dejar de referirnos a la enseñanza de san Cipriano sobre la oración. A mí me gusta especialmente su libro sobre el *Padrenuestro*, que me ha ayudado mucho a comprender mejor y a rezar mejor la “oración del Señor”. San Cipriano enseña que en el «Padre nuestro» se da al cristiano precisamente el modo correcto de orar, y subraya que esa oración está en plural, *para que quien reza no ore únicamente por sí mismo. Nuestra oración* —escribe— *es pública y comunitaria; y, cuando rezamos, no oramos por uno solo, sino por todo el pueblo, porque junto con todo el pueblo somos uno* (*De dominica oratione*, 8)»<sup>4</sup>. Para nuestro autor el *Padrenuestro* es una verdadera síntesis de las enseñanzas divinas y a su comentario dedicará una de sus obras más destacadas. En los capítulos introductorios expone el significado profundo de la oración y su utilidad para la vida del cristiano. Sobre todo subraya la importancia del precepto divino de orar y ello a través de Cristo. Es el mismo Hijo el que nos ha enseñado a dirigirnos al Padre con sus propias palabras recogidas en el *Padrenuestro*. Ahí radica la eficacia de la oración: en pedir en nombre y con las mismas palabras del Hijo.

El cristiano debe saber, por otra parte, que siempre que reza se encuentra en la presencia de Dios; de ahí la actitud de respeto, recogimiento, humildad, etc. Después de señalar estas actitudes básicas de toda oración cristiana, Cipriano, expone que con el *Padrenuestro* Cristo no ha querido dejarnos una oración reservada a cada uno en particular, sino como oración pública, de todo el pueblo. «De esta forma, oración personal y litúrgica se presentan estrechamente unidas entre sí. Su unidad proviene del hecho de que responden a la misma palabra de Dios. El cristiano no dice «Padre *mío*», sino «Padre *nuestro*», incluso en lo

---

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*

más secreto de su recámara cerrada, porque sabe que en todo lugar, en toda circunstancia, es miembro de un mismo cuerpo»<sup>5</sup>.

Si en los capítulos iniciales nuestro autor se había centrado en las disposiciones sobre todo exteriores del que ora, al final advierte la necesidad de que la oración sea expresión de un corazón totalmente entregado a Dios, alejado de todo pensamiento terreno. Para que Dios conceda todo lo que se le pide, el corazón del cristiano debe estar vigilante y no dar tregua al enemigo. «En definitiva, san Cipriano se sitúa en los orígenes de la fecunda tradición teológico-espiritual que ve en el «corazón» el lugar privilegiado de la oración. Según la Biblia y los santos Padres, el corazón es lo más íntimo del hombre, el lugar donde habita Dios. En él se realiza el encuentro en el que Dios habla al hombre y el hombre escucha a Dios; el hombre habla a Dios y Dios escucha al hombre. Todo ello a través de la única Palabra divina»<sup>6</sup>. Por último, otra condición imprescindible para la eficacia de la oración es su correspondencia con las buenas obras en unidad de vida

Juan Antonio Gil-Tamayo

---

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Ibid.*